

Garcilaso de la Vega, *Poesía*,
ed. Ignacio García Aguilar,
Madrid, Cátedra (col. Letras Hispánicas), 2020, 428 pp.

LUIS GÓMEZ CANSECO
Universidad de Huelva
canseco@uhu.es



CADA generación tiene el derecho y hasta incluso el deber de releer y reubicar a los clásicos, añadiendo los avances que haya habido en su estudio, reconfigurando el texto y perfilando su sentido. Y si hay un clásico por antonomasia en la poesía española no es otro que Garcilaso de la Vega, ese poeta al que —por mucho que se haya convertido en institución cultural— uno vuelve sin cansancio, con una voz que se renueva en cada lectura y en cada momento de la propia vida. Con él empieza la modernidad en la poesía española y todos los poetas posteriores, siguieron el camino que siguieran —Herrera o san Juan de la Cruz, Lope, Góngora o Quevedo, Bécquer o Campoamor, Juan Ramón o Machado, Alberti o Cernuda, Claudio Rodríguez o Gil de Biedma—, le han exhibido como bandera propia. Es por eso un privilegio extraordinario y a la vez una responsabilidad de tomo y lomo

eso de echarse un Garcilaso auestas, como ha hecho Ignacio García Aguilar, profesor en la Universidad de Córdoba. Bien es verdad que contaba con un adiestramiento previo que garantizaba de antemano el resultado.

Con una escritura limpia, clara y accesible, puesta siempre al servicio del lector, el estudio introductorio se abre con unas páginas consagradas a «Garcilaso de la Vega en la encrucijada de su tiempo», que constituyen la semilla de una biografía todavía pendiente que, más allá de los datos, aborde la complejidad del personaje. El estudio establece un estrechísimo vínculo entre la vida y la literatura del poeta, haciendo un recorrido breve e indispensable para abordar, en el siguiente capítulo, «Las trayectorias poéticas de Garcilaso». Se juega, claro está, con la fórmula que acuñara Rafael Lapesa para revisar y actualizar el itinerario poético que siguió Garcilaso

desde la poesía de Cancionero hasta los modelos neoclásicos, perfilando los momentos, reformulando las relaciones con los autores italianos y ofreciendo una imagen renovada de Garcilaso a la luz de estudios recientes e indispensables como los de Eugenia Fosalba. El tercer capítulo, «Circunstancias y contextos de la poesía garcilasiana», analiza su entorno literario y cortesano, los círculos de relaciones en los que se movió el poeta, las academias y el ambiente intelectual, con especial atención al período napolitano, para concluir que «sin estas circunstancias y contextos, la poesía de Garcilaso sería algo muy distinto de lo que llegó a ser» (p. 66). En «Garcilaso y la nueva poesía castellana» se indaga en la experimentalidad de la poesía garcilasiana y en las claves técnicas, temáticas e ideológicas de la modernidad que implica. Pero no se trata solo de una transformación radical en la lengua literaria, de la adaptación de las pautas italianizantes o de la reinención de géneros originarios de la poesía clásica, sino de un nuevo concepto de poesía, que pone las relaciones del individuo con un mundo hostil en el eje de esa construcción poética y transforma esos conflictos humanos en materia artística: «En definitiva: el hallazgo o la creación de la poesía en sentido moderno, que Garcilaso inaugura para la tradición literaria española» (p. 84).

No obstante, la clave de cualquier edición está el propio texto. La conformación de este comienza en el último capítulo de la introducción, titulado «Peripencias editoriales de la poesía garcilasiana: una

historia del texto». Se repasa allí la transmisión manuscrita de Garcilaso, de la que probablemente solo nos ha llegado una mínima parte, se pondera asimismo la importancia de la impresión preparada por Boscán, que salió en 1543 con la voluntad de fijar un texto limpio y fiable. A partir de ahí se estudian pormenorizadamente la labor de los distintos editores antiguos —Francisco Sánchez de las Brozas, Fernando de Herrera, Tomás Tamayo de Vargas o José Nicolás de Azara— y su papel a la hora de establecer el corpus completo de textos garcilasianos, la constitución de los mismos y su disposición editorial. Si por un lado se registra el proceso de enmiendas y reescrituras, que comienza en 1553, cuando Garcilaso entra en el canon de la poesía española, por otro se ahonda en los modos de interpretarlo o en el auge o declive editorial de su obra, convertida en antigualla en 1659 cuando Jean Antoine Huguetan y Marc Antoine Ravaud la reimprimieron en Lyon con el singularísimo título de *Los amores de Juan Boscán y Garcilaso de la Vega. Donde van conocidos los tiernos corazones de nuestros abuelos*. Tras un proceso de institucionalización que Garcilaso vivió entre los siglos XVIII y XIX, el estudio detalla los principales asedios editoriales, eruditos y filológicos que se han seguido desde Navarro Tomás (1911), Keniston (1925), Elias L. Rivers (1964), Oreste Macrí (1966), nuestro querido Alberto Blecuá (1970), Aldo Ruffinatto (1982), Rosso Gallo (1990), el ineludible Bienvenido Morros (1995) o Antonio Prieto (1999) hasta Valentín Núñez Ri-

vera (2002) y Julián Jiménez Heffernan y Pedro Ruiz Pérez (2017).

Todo ello es testimonio del arduo trabajo filológico que el editor ha realizado para que su propio texto de Garcilaso llegase limpio a las manos del lector. Y es que García Aguilar ha optado por ofrecer un Garcilaso bien medido, con todo el rigor y las garantías filológicas, pero sin los obstáculos que a menudo impone la erudición. La primera obligación que para ello se ha impuesto ha sido la modernización de la lengua, que, sin alterar la naturaleza de los versos, los acercara al lector del siglo XXI. Con un gran acierto en la disposición, la editorial Cátedra ha optado por presentar el texto limpio, sin

notas al pie, de modo que el lector se enfrente directamente a los poemas de Garcilaso, sin mediación ni guía, atento solo al placer de la lectura. Solo al final de cada texto se inserta un breve comentario, al que sigue una anotación precisa y ágil de lugares concretos, que atiende a resolver cuestiones léxicas, que apunta fuentes o interpreta el sentido de un pasaje. Se trata, en suma, de un Garcilaso extraordinario y renovado, que Ignacio García Aguilar ha sabido configurar para los lectores de una nueva era, sin esquivar un punto la información necesaria para comprender los versos, pero ajustándola a lo imprescindible. El mejor de los Garcilasos posibles: un Garcilaso para leer y disfrutar.

